

La familia: sueño de Dios para la humanidad

Queridas hermanas:

El Encuentro Mundial de las Familias que se ha celebrado en Dublín (Irlanda) del 21 al 26 de agosto 2018 en el que ha participado el Papa Francisco, ha inspirado la elección del tema para esta circular sobre la familia. Un argumento conocido, abordado y profundizado en muchas circunstancias y con competencias y valoraciones diversas.

Si embargo he sentido la necesidad de compartir con vosotras algunas reflexiones sobre la familia a partir de su belleza, de “los puntos de luz” y también de las dificultades que vive. Una referencia fundamental es la Exhortación Apostólica *Amoris laetitia* destacando algunas cosas subrayadas en el evento de Dublín. Son sugerencias que podrán ser útiles para compartir también con los jóvenes y con los miembros de las comunidades educativas.

Agradecemos al Papa Francisco la invitación que hace a las familias a redescubrir cómo el Evangelio continúa siendo una alegría para el mundo: la familia es, en efecto, una “buena noticia” para la realidad de hoy; es el sueño de Dios para toda la humanidad.

Con su presencia y sus palabras, el Santo Padre lanza con audacia y decisión un claro mensaje: la visión de la familia como generadora de vida y de esperanza en la sociedad y en la Iglesia, incluso donde la fragilidad y la debilidad, los conflictos y las crisis parecen impedir la plena comprensión de su identidad original.

Mi deseo es que con padres, hijos, ancianos guardianes de la memoria, con todas las personas en búsqueda, podamos mirar a la familia con los mismos ojos con los que Dios la ha pensado: con esperanza y confianza.

La belleza de la familia

Todos los Papas han prestado gran atención a la familia, célula viva de la sociedad y de la Iglesia. La Exhortación apostólica *Amoris laetitia* y los diversos mensajes del Papa Francisco, hasta el Encuentro Mundial de las Familias en Dublín, corroboran el valor fundamental de la familia, en la práctica, un himno a la belleza del amor.

Con todo esto nos preguntamos: ¿podemos hablar hoy sobre la belleza de la familia? ¿Cuál es la base de nuestra confianza en ella? Hablar de belleza, ¿no significa estar lejos de una realidad que por otra parte nos muestra a menudo sufrimientos, heridas, conflictos irreconciliables que nos llevan a pensar que el tiempo de la familia ha terminado?

Según el Papa Francisco podemos hablar de belleza porque la familia sigue siendo una buena noticia para el mundo de hoy. “Buena noticia”, es decir, Palabra de Dios, sueño y diseño de amor que abarca toda la creación, y en ella, la persona humana, vértice de la creación.

La belleza de la familia encuentra su fundamento en el “sí” de Dios a la unión entre el hombre y la mujer, en la apertura y servicio a la vida en todas sus fases. Es el “sí” y el compromiso de Dios por una humanidad a menudo herida, maltratada, marcada por la falta de amor. Y sólo a partir del “sí” de Dios, la familia puede manifestar, difundir y regenerar el amor en el mundo. Sin amor no se puede vivir como hijos de Dios, como cónyuges, padres y hermanos (cf. Carta del Cardenal Kevin Joseph Farrell para el IX Encuentro Mundial de las Familias, 25 marzo 2017).

Para expresar su intrínseca belleza, la familia debe reencontrarse a sí misma como el origen de la escucha, el testimonio y la narración de la Palabra. En este sentido es preciso volver al *primer anuncio*: Ante las familias, y en medio de ellas, debe volver a resonar siempre lo más bello, lo

más grande, lo más atractivo y al mismo tiempo lo más necesario, y debe ocupar el centro de la actividad evangelizadora, porque nada hay más sólido, más profundo, más seguro, más denso y más sabio que ese anuncio y toda formación cristiana es ante todo la profundización de este mismo anuncio. (cf. AL 58).

La lectura orante de la Palabra de Dios es fuente de vida y de amor para la familia porque actúa en los corazones con un “trabajo artesanal” que da forma a la espiritualidad conyugal y familiar y sostiene su fidelidad. “La familia que reza unida, permanece unida” – ha reafirmado el Papa Francisco en Dublín.

El amor de Dios es no solo el fundamento, sino también la vocación de la persona humana que no puede vivir sin amor. “El hombre no puede vivir sin amor. Él permanece para sí mismo un ser incomprendible, su vida está privada de sentido si no se le revela el amor, si no se encuentra con el amor, si no lo experimenta y lo hace propio, si no participa en él vivamente”. (*Redemptor hominis* 10).

La vocación de la familia al amor es al mismo tiempo vocación a la vida. “La pareja que ama y genera vida es la verdadera “escultura” viviente... capaz de manifestar el Dios creador y salvador... En este sentido la relación fecunda de la pareja se vuelve una imagen para descubrir y describir el misterio de Dios, fundamental en la visión cristiana de la Trinidad...” (cf. AL 11) y de la misma Iglesia. San Pablo afirma: “Por esto, el hombre dejará a su padre y a su madre y se unirá a su mujer y los dos se harán en una sola carne. Gran misterio es éste: lo digo respecto a Cristo y la Iglesia” (*Ef.* 5, 31-32). La belleza de la familia cristiana se enraiza, por lo tanto, en el mismo misterio de Dios-Trinidad y en la relación de amor entre Cristo y su Iglesia. En consecuencia, el matrimonio no puede entenderse como un contrato social, un rito vacío o el simple signo externo de un compromiso.

El sacramento es un don para la santificación y salvación de los esposos porque su recíproca pertenencia es representación real, mediante el signo sacramental, de la misma relación de Cristo con la Iglesia. (cf. AL 72). En el matrimonio Jesús asume el amor humano, lo purifica, lo lleva a su plenitud y da a los esposos, con su Espíritu, la capacidad de vivirlo impregnando toda su vida de fe, esperanza y caridad. “De este modo los esposos son consagrados y, mediante una gracia propia, edifican el Cuerpo de Cristo y constituyen una Iglesia doméstica” (AL 67). Sin Jesús el amor humano pierde su belleza genuina.

La atención a la familia por parte de la comunidad eclesial debe por tanto reactivar el anuncio del que es depositaria: la familia es icono de la Trinidad e icono de la Iglesia. “Para comprender plenamente su misterio (la Iglesia) mira a la familia cristiana, que lo manifiesta de modo genuino” (AL 67). Salvando la familia, la Iglesia no solo se realiza a sí misma sino que Dios muestra su Rostro al mundo en el tejido humano de las relaciones familiares, realiza su sueño para la humanidad, revela la belleza genuina de ser hermanos y hermanas en Cristo, a pesar de los desafíos que pueden marcarla. La familia, en efecto, es una realidad pascual entre dificultades y esperanzas.

La familia entre dificultades y esperanzas

La belleza de la familia en el sueño de Dios no elimina la realidad de fragilidad, crisis y problemas que la inquietan. Son numerosas las sociedades que no la defienden y buscan por todos los medios desestructurarla impulsando formas inéditas de convivencia social.

La cultura de lo provisional, del consumismo, del hedonismo y el descarte presentes en muchas sociedades, ciertamente no animan a la familia fundada sobre el matrimonio en su camino de apertura a la vida, a las relaciones y en la generación de futuro y esperanza.

Las tensiones derivadas de una cultura individualista del poseer y el gozar, llevan a la intolerancia, a la agresividad y a la violencia. Esto sin hablar de algunas teorías que se van difundiendo, entre ellas la del *género*.

Sin embargo la familia continúa siendo el primer punto de referencia para cada persona y para toda realidad social, aunque debemos constatar que las instituciones que deberían protegerla, a menudo la dejan desamparada, ya sea a nivel económico como sobre todo a nivel de acompañamiento en el camino de crecimiento humano y espiritual.

No dejo de lado las dificultades específicas que podéis encontrar en vuestra realidad al contacto con las niñas/os y jóvenes tan infinitamente peculiares que resulta imposible catalogar en el espacio tan limitado de una circular. En cambio, quiero poner el acento en el testimonio de muchas familias, sobre los “puntos de luz” que destacó el Papa Francisco en Dublín. En la audiencia general del 29 de agosto de 2018 ha definido este *IX Encuentro Mundial de las Familias* como “una experiencia profética y reconfortante de tantas familias comprometidas en el camino evangélico del matrimonio y de la vida familiar; familias discípulas y misioneras, fermento de bondad, santidad, justicia y paz”.

Son “puntos de luz” los testimonios de amor conyugal narrados por parejas de edad, cultura y experiencias diferentes. Familias que han afrontado desafíos y dificultades importantes y que, gracias a la solidaridad, al perdón y al amor de otras familias “han nacido de nuevo”, han descubierto el amor del Padre, porque Dios ama a través de nuestros gestos de amor.

El mundo necesita urgentemente una “revolución de amor”, de ternura, y esta revolución se inicia en el corazón de la familia. No es una revolución espectacular, sino que está al alcance de todos, y se expresa a través de pequeños gestos de bondad y de humanidad que iluminan *la rutina* de cada día. Gestos y palabras que construyen, crean comunión, *vuelven a ponernos en pie* y configuran la santidad de la “puerta de al lado”.

Los testimonios presentados en Dublín, con humildad y transparencia en su realidad de luces y sombras, confirman cómo el amor y la fe en familia pueden ser fuente de fortaleza y de paz incluso en medio de las destrucciones causadas por la guerra y las persecuciones, también en medio de las violencias causadas en *forma de abusos a menores*. El Papa compartió las razones de esperanza y alegría y sufrió el dolor y la amargura por los sufrimientos causados por los abusos y pecados en los que se encuentran involucrados algunos miembros de la Iglesia.

La Iglesia es *familia de familias* donde se goza con los que están felices y se sufre con los que están inmersos en el dolor o se sienten “maltratados por la vida”.

Personas solteras y familias han encontrado la paz en el amor de Cristo. La misma solicitud de perdón, hecha pública repetidas veces por el Papa Francisco, ha sido una caricia de Dios sobre el rostro sufriente de tantos hermanos y hermanas, los cuales pueden creer que la vida puede reconstruirse y la esperanza puede renacer en virtud del amor, de la acogida, y del perdón. ¡“Juntos” se puede construir una gran “red” de solidaridad, de apoyo, de participación que se expande hasta los confines del mundo! La “revolución del amor y de la ternura” empieza en el corazón de la familia humana, reiteró el Papa.

Acogí estas palabras como dirigidas también a nosotras. Cada una de nuestras comunidades puede vivir esta “revolución” mediante palabras y gestos que entretejan de amor el día a día revistiéndolo de benevolencia, bendición recíproca y perdón. De esta manera podemos ofrecer testimonio de cómo se viven las relaciones en el espíritu de familia, impregnado de la *amorevolezza* salesiana y del acompañamiento recíproco.

Os invito, queridas hermanas, a descubrir en vuestra vida y en vuestra comunidad los “puntos de luz” que puedan activar la “revolución del amor” que aporta “aire bueno” allá donde estemos llamadas a testimoniar la alegría del Evangelio con humildad y amor, a fin de sentirnos “familia” en la gran “familia universal”.

Nos puede ayudar retomar, en la oración y en la reflexión, el himno a la caridad de San Pablo (1 Cor. 13, 4-7) que *Amoris laetitia* presenta en el capítulo cuarto aplicándolo concretamente a la familia.

Volver espiritualmente a Valdocco y a Mornese sigue siendo para nosotras una escuela de gran actualidad: nos sentiremos inmersas en ese “espíritu de familia” que es capaz de transmitir vida, alegría y esperanza entre los desafíos y dificultades.

Tener especial cuidado de la familia

Una primera dimensión del dedicar atención y cuidado no es el dar, sino el reconocer, rebosante de simpatía y gratitud. La familia, de hecho, revela una forma de vivir original y expresa el sueño de Dios para la humanidad: es el sueño de la unidad y de la comunión que da forma y contenido

a la vocación misma de la familia, “iglesia doméstica” donde cada uno es deseado y recibido como don, acompañado en el camino para ser uno mismo y dar lo mejor de sí a la sociedad y a la Iglesia.

La vocación de la familia es hacer del mundo una “casa” donde nadie esté solo, sea no deseado o excluido. La familia colorea la realidad, a veces gris y opaca, con los colores de la fraternidad, de la defensa de las personas frágiles, de la fe luminosa, de la esperanza activa, de la solidaridad y de la apertura social (cf. AL 184).

La Iglesia, *familia de familias*, elige estar al lado de la familia, se interesa y cuida de la familia, aprendiendo de ella cómo “ser familia”. La familia, en efecto, conserva el sentido más original y profundo del ser humano. En el sueño de Dios es un faro que irradia y manifiesta la alegría y la fecundidad de su amor en el mundo. Vivir difundiendo luz y amor en la vida cotidiana es una expresión de la *santidad*.

Atender y cuidar a la familia exige una profunda conversión pastoral y misionera. Según el Papa Francisco, no basta con añadir una genérica preocupación en los proyectos pastorales: la familia es sujeto activo y dinámico de pastoral y todo esfuerzo evangelizador y catequético deberá ser orientado a permitirle experimentar que el Evangelio de la familia es alegría que llena el corazón y la vida entera (cf. AL 200) porque responde a sus expectativas más profundas. Es un mensaje que interpela la vida familiar (cf. AL 201) y también potencia sus recursos para llevar el mensaje misionero a otras familias.

Un aspecto fundamental del atender y cuidar es acompañar a las familias a reconocerse como lugar de ternura, de relaciones que se regeneran cada día con un gesto, con una caricia, con una mirada hacia el propio cónyuge y hacia los propios hijos, que lo hace todo nuevo, cura las heridas, reconcilia y abre un camino de perdón y de acogida recíproca.

La solidaridad entre familias, especialmente en los momentos de dificultad y de crisis, puede ayudar a saborear el “vino nuevo” de la misericordia. Una trato solidario entre las familias, el sentirnos cercanas como comunidad, renueva en ellas la seguridad de que no se las ha dejado solas y les hace recobrar el ánimo para empezar de nuevo.

Comprometido desde siempre en la educación de las jóvenes generaciones, nuestro Instituto llega a las familias especialmente a través de la educación de sus hijos, misión que sigue siendo fundamental. El CG XXIII nos ha presentado un nuevo reto pidiéndonos el compromiso de conocer las diversas realidades familiares y de dejarnos interpelar por ellas. Nos ha invitado a involucrar a las mismas familias en una “pastoral familiar” en sintonía con las orientaciones de la Iglesia, a fin de acompañar a los jóvenes a madurar una visión de la vida y de la familia en línea con los valores cristianos (cf. Actas CG XXIII 60,11)

Es junto con las familias donde se podrán encontrar itinerarios educativos de “fecundidad generadora”, de alianza entre generaciones con unas relaciones que hagan posible compartir experiencias creíbles, que abran a la esperanza, a la confianza y al deseo de altos ideales que transmitan el tesoro de la fe. La pastoral familiar nos compromete a interesarnos por la familia, no solo a partir de los jóvenes, sino también a través de iniciativas específicas. Podemos, por ejemplo, organizar momentos formativos y de oración pensados para alimentar la espiritualidad conyugal y familiar, impulsar la formación de redes solidarias de “familias para las familias”, estar disponibles para ofrecer un acompañamiento discreto que parta del testimonio de nuestro “sentirnos familia” en comunidad.

Nosotras mismas, como grupo de la Familia Salesiana y como comunidades educativas, somos una red de familias, compartimos el tesoro que entreteje las relaciones llamadas “espíritu de familia”, elemento constitutivo de nuestro ser y actuar *en la* familia y *con* las familias, como nos recordaba el Rector Mayor en el Aguinaldo 2017.

Prestar atención y cuidar la familia es una responsabilidad que nos hace aliadas, en sinergia, con el camino que toda la Iglesia está haciendo en preparación al Sínodo sobre los Jóvenes. Juntos estamos comprometidos en ser “casa”, un espacio de vida donde los jóvenes puedan *aprender el arte de la vida y del amor*; “casa” donde el clima de familia reina con todo su capacidad significativa, especialmente hoy, cuando la familia está sujeta a ataques externos y fragilidades internas que la debilitan. Juntos acompañamos a la familia a vivir su vocación de acogida de la

vida, lugar de socialización, de asunción de responsabilidades hacia los demás y anuncio y testimonio evangélico y misionero.

En particular sentimos la responsabilidad de acompañar a los jóvenes del Movimiento Juvenil Salesiano (MJS) para que se abran al valor de la familia y cultiven el deseo de formar una familia de acuerdo con el plan de Dios.

De hecho, es la primera “escuela” donde se aprende la dimensión gratuita del amor, donde se madura la dimensión afectiva a partir de sentirse acogidos como personas, donde las relaciones no son funcionales y se puede experimentar la alegría de la entrega y la hermosura de la fe. En este sentido, un modo importante para sostener la familia es ayudarla a gustar el carácter sagrado de la persona humana, evitando poseerla o controlarla. La tentación de poseer se puede superar mediante un camino de desprendimiento para “dejar ser” y “dejar marchar”.

Dedicándonos a la educación de los jóvenes no sustituimos a las familias, sino que reconocemos su irremplazable misión como lugar original de acogida, como espacio para las auténticas relaciones y primer recurso que fundamenta el desarrollo integral de la persona en crecimiento. Además, los propios jóvenes, en sus respuestas al Cuestionario del próximo Sínodo de octubre, han reafirmado la importancia de la familia, es más, la nostalgia de la familia.

Queremos mantener vivo en ellos este deseo ayudándoles a ser “peregrinos en el camino de sus sueños”, acompañándolos a transformarlos en la realidad del futuro, de modo que formen familias según el pensamiento de Dios (cf. Papa Francisco, 11 agosto 2018). Familias que cada día renuevan su elección por la fidelidad como camino de madurez humana y de verdadera felicidad.

Muchas de vosotras, queridas hermanas, diariamente en contacto con numerosas realidades familiares, conocéis a familias estupendas que ofrecen testimonios sencillos y conmovedores. Familias que ayudan con exquisita humanidad a quienes sufren por razones de divorcio, separación, enfermedad, por situaciones económicas insostenibles.

Todas nosotras sin embargo, estamos llamadas a estar en “primera línea” en llevar en nuestro corazón a las familias, también vosotras, hermanas enfermas o ancianas.

A vosotras, que por situaciones diversas, estáis físicamente impedidas para estar “cerca”, para encontraros “entre” las familias, como ciertamente desearíais, animo a que vuestro testimonio, vuestra oración y ofrenda diaria, sean una “presencia fecunda” que llegue a muchas personas y se convierta en fuente de bendiciones aunque vosotras no lo sepáis. Esta es vuestra misión, esta es la *pastoral familiar* que, con total gratuidad, asumís cada día en el espíritu del *da mihi animas cetera tolle*.

Termino con una invitación para todas: comprometernos en nuestras comunidades para hacer que el “espíritu de familia” se mantenga vivo y contagioso, a fin de experimentar que es posible vivir “el Evangelio de la familia como alegría para el mundo”. Acompañar a la familia en su camino es un gran regalo: incluso cuando es frágil e imperfecta, podemos *aprender de ella a ser “familia”*, a no perder el contacto con la realidad, a comprendernos y sostenernos recíprocamente, a construirnos como familia abierta en perspectiva misionera.

Que el Señor vea hecho realidad su sueño en cada comunidad para la auténtica felicidad de sus hijos e hijas. Para ello ponemos nuestra confianza en la Familia de Nazaret.

¡Dios os bendiga!

Roma, 24 de septiembre de 2018

Aff.ma Madre